

Valor actual de Martí

(Palabras pronunciadas en la Sesión Inaugural del Congreso de Escritores Martianos el 20 de febrero de 1953.)

Federico de Onís

Venir a Cuba bajo el ala de Martí es una de las mayores emociones de mi ya larga vida. Permitidme que os hable de mí mismo al deciros lo que para mí significa Martí. Yo no soy más que un testimonio vivo de la significación de Martí en nuestra cultura hispánica, que se reduce a un hecho evidente y seguro, que es el que nos reúne aquí desde todos los extremos del mundo hispánico: el hecho del crecimiento constante del valor de Martí, desde su gloriosa muerte hace 57 años.

En vida era querido de cuantos le conocían, como Alonso Quijano el Bueno, y era admirado de cuantos oían sus discursos o leían sus colaboraciones en periódicos de diversos países de América. Pero este conocimiento se limitaba a círculos reducidos y separados unos de otros, de modo que sus creaciones literarias no pudieron llegar al mundo general hispánico. Fue conocido y estimado transitoria y parcialmente, según las etapas de su vida, por cubanos, españoles, mexicanos, guatemaltecos, venezolanos, neoyorkinos y rioplatenses, a través de su actuación personal o de sus colaboraciones periodísticas en esos países. Sus libritos de poesía publicados en Nueva York en ediciones privadas no podían llegar al extenso público de habla española. Su vida pura —una de las más puras que se han vivido sobre la tierra— se deslía principalmente en contacto con grupos reducidos, sobre todo de cubanos y de hispanoamericanos residentes en los Estados Unidos, y por lo tanto fuera y lejos de los centros de la cultura hispánica, sin acceso directo a su totalidad. En su Cuba, por la que di su vida, es donde menos estuvo y actuó después de su infancia, raíz honda de su vida, siempre presente, como en todo gran hombre

de personalidad original. Nada más desfavorable para el conocimiento de su obra en el amplio y diverso mundo de la cultura hispánica, y, a pesar de todo, Martí ha llegado a ser gradualmente el escritor de nuestra lengua cuya obra y personalidad han crecido ante nuestros ojos hasta llegar a ser el más vivo y actual de los muchos y grandes escritores que nuestra literatura ha producido en los últimos setenta años.

Este es el hecho fundamental que tenemos que explicarnos, si queremos entendernos y entender lo que nuestra cultura y nosotros significamos, problema esencial que entraña la significación de Martí, en su persona y en su obra.

Si me examino a mí mismo, como testigo de este fenómeno, el de mayor trascendencia en nuestra cultura actual, tengo que decir que en mi infancia española y salmantina, totalmente alejada y desligada de los Estados Unidos y de América, no recuerdo que llegase a mí ni el nombre de Martí, como en cambio llegaron los de Maceo y Máximo Gómez. Mi primer conocimiento de él y de su obra vino años después, en mi juventud, a través de don Miguel de Unamuno, con quien convivía diariamente en Salamanca en el momento de mi formación, entre los quince y los veinte años. Entre las muchas cosas que debo a aquel hombre, único a quien puedo y debo llamar mi maestro, está el hecho de haber podido descubrir en aquella edad temprana, a través de su palabra y de su ejemplo, la existencia de la literatura hispanoamericana. Desde que le conocí, en edad tan temprana en que siendo yo un niño de cinco años, al oír por primera vez su nombre creí que era un nombre común precedido del artículo “un”, y por un rato estuve muy interesado en ver cómo eran los “los amunos”, desde entonces, digo, le oí hablar con aquella su tenacidad e insistencia características del *Martín Fierro* y de Sarmiento, hasta que un día empezó a aparecer en aquel monólogo perpetuo que era su conversación, un nombre nuevo, el de José Martí. ¿Cuándo fue aquello? Debió de ser entre 1901 y 1905, fecha en que salí de Salamanca, aunque para volver a ella con frecuencia. Quizás Unamuno, por su edad, sabría algo de Martí, mientras éste vivía; pero su verdadero conocimiento de la obra de Martí le vino por medio de los tomos sucesivos que recibía de las obras completas de Gonzalo de Quesada. Como luego escribió en

cartas y artículos bien conocidos, Martí vino a ser entonces para él la otra gran cumbre americana, con Bolívar y Sarmiento.

La palabra de Unamuno y el artículo de Rubén Darío, añadido en la segunda edición de *Los raros*, significaron para mí la iniciación en el conocimiento de Martí. Es digno de notarse que fuera Martí el único escritor de la lengua española incluido por Darío en *Los raros*, aquel libro en que sumaba las fuentes cosmopolitas de su arte y del modernismo universal. Después he sabido, como sabemos todos, que ya en 1888 Darío expresó como propósito de su arte “poner en verso, si pudiera, las grandezas luminosas de Martí”. Y si el joven nicaragüense, que empezaba entonces su gloriosa carrera de creación poética, se expresaba así, el viejo argentino Sarmiento, que iba a cerrar la suya con su muerte en 1889, había dicho, el primero, en 1887, que en español no había nada que se pareciera a la salida de bramidos de Martí y nada en Francia, después de Victor Hugo, de aquella resonancia de metal. Sarmiento, cuando ponía a Martí en este lugar supremo, sabía bien poco de Martí, porque decía de él “un cubano, creo”. Pero adivinó genialmente lo que hoy sabemos todos que es la verdad.

Sarmiento, Rubén Darío, Unamuno, cumbres de nuestra cultura, tan distintos entre sí, coincidieron en ver antes que nadie el valor supremo y permanente de Martí. Quiero decir, en el mundo literario, porque antes lo habían visto los cubanos humildes de Nueva York y Tampa, que a su manera popular, tan grata para Martí, sentían por boca de uno de ellos: “a veces no lo comprendemos, pero moriríamos por él”.

Cuando vine a los Estados Unidos en 1916, estaba lleno de Martí, y en todo mi trabajo para la organización de los estudios de lengua y literatura españolas, en ese gran país, he sido guiado por la concepción martiana de América. He tenido que moverme dentro de la realidad que él previó genialmente y me he esforzado por afirmar los valores de nuestra América, tal como la concibió. Vi, como él había previsto, que era preciso que la otra América conociese a la nuestra, para que no la desdeñase. Cuando llegué no se estudiaba más que la literatura de España, por su prestigio europeo secular, y costó trabajo que llegasen a aceptarse a la par los valores americanos. Había que luchar no sólo contra los españoles a ultranza, sino contra el

movimiento hispanoamericanista que surgió después y que pretendía y sigue pretendiendo estudiar a la América española prescindiendo del estudio de España, actitud política cuyos peligros Martí también previó. Entre estos dos escollos se han desarrollado los estudios hispanoamericanos en las mejores Universidades del país, y profesores norteamericanos, hispanoamericanos y españoles han colaborado para que se conozca más a nuestra América y se la desdeñe menos.

Y en nuestros estudios y en nuestras enseñanzas el valor de Martí está siempre presente como el más alto de la literatura hispanoamericana de su tiempo. Cada vez se ve más claro por los que nos dedicamos a su estudio, que si se mira el modernismo como debe mirarse, no como una escuela literaria, sino como una época, que fue el principio de esta en que vivimos todavía, Martí se nos impone como el creador y sembrado máximo de las ideas, formas y tendencias que han tenido la virtud de perdurar en ella como dominantes y que están cada vez más llenas de posibilidades para el futuro. Así debemos verle hoy, como él vio a Bolívar “en el cielo de América, sentado aún en la roca de crear; porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy”, porque Martí tiene qué hacer en América todavía.

[Nota: Esta ponencia fue encontrada por el doctor Miguel Ángel Náter en un ejemplar de la revista *Archivo José Martí*, número 18, de 1952, perteneciente a la doctora Concha Meléndez el día 14 de septiembre de 2018. No corresponde a los escritos sobre Martí que se encuentran en el libro *España en América* de Federico de Onís. Por el valor testimonial para la comprensión del joven Onís y su proyecto posterior la damos a la publicidad desde el Seminario Federico de Onís. M.A.N.]